

# "Miré los muros de la Patria mía..."

DANIEL SANESTEBAN

**H**ACE poco menos de cien años, manos de militares españoles empuñaban las drizas para arriar las banderas de nuestra Patria que aún ondeaban a los vientos de Asia y América y que ya no volverían a izarse en aquellos mástiles. El protocolo de paz firmado el 12 de agosto de 1898 decía: "Artículo 1º. España renunciará a toda pretensión a su soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba. Artículo 2º. España cederá a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como una isla en las Ladroneas, que será escogida por los Estados Unidos. Artículo 3º. Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila..." Entonces fueron Cuba, Filipinas, Puerto Rico..., antes habían sido Méjico, América Central, Sudamérica (excepto Brasil), Luisiana, la Florida..., y también Flandes, Nápoles, Sicilia, El Rosellón, La Cerdeña...

Si todos los mástiles en los que ondearon banderas españolas pudieran plantarse y echar raíces en nuestro solar patrio, las ardillas podrían volver a saltar, de árbol en árbol, desde el Pirineo hasta la Punta de Tarifa.

Soldados españoles exploraron, guerrearon, levantaron ciudades a prueba de terremotos, tendieron puentes, edificaron iglesias y escuelas, abrieron caminos en la selva (el franciscano Sebastián de Aparicio fue el constructor del primer carro que rodó por América), navegaron todos los mares, murieron de escorbuto, de fiebres, de hambre, y a manos de otros hombres, instalaron imprentas, acuñaron moneda, dejaron su huella e izaron su bandera en los cinco continentes. También destruyeron.

Y también destruyó Roma en su expansión por el mundo entonces conocido (Europa y las orillas del Mediterráneo). ¿Por qué con respecto a la acción de España en el Mundo no se ponen en un platillo los bienes conseguidos y en otro los daños causados y se comprueba hacia dónde se inclina el fiel de la balanza? Y, sobre todo, ¿por qué algunos españoles se avergüenzan y abominan públicamente de aquellos hombres de armas cuyos apellidos llevan y que en el Siglo XV emprendieron y dieron fin a la mayor epopeya de la historia de la Humanidad? ¿Y por qué al mismo sector de la sociedad española le cuesta trabajo admitir que nuestros soldados de hoy, al igual que los del siglo XV y los de todas las épocas, deben estar preparados, formados, instruidos y equipados para la guerra?

Para que un determinado sector de la sociedad española acepte a nuestras Fuerzas Armadas y en algunos medios se hable de ellas elogiosamente ha sido necesaria una gran operación de maquillaje a los ojos de la opinión pública que hace aparecer a nuestros soldados como un híbrido de boy-scout y hermana de la caridad, con boina azul. Los soldados pueden hacer de boy-scouts, y también de hermanas de la caridad, y de bomberos cuando hay un gran incendio, y de socorristas cuando hay inundaciones y de escoltas en las procesiones de Semana Santa, y además lo hacen muy bien, como todos los españoles hemos podido comprobar más de una vez, pero el hecho de que lo hagan bien no quiere decir que esas misiones justifiquen su existencia. La única misión que justifica su existencia es la guerra, impedir la o ganarla. Emplearlos en otras misiones, cuya naturaleza no está perfecta-

mente definida, los pone, a veces, en graves aprietos. Un viejo general y querido amigo se lo explicó muy bien, en mi presencia, al alcalde del pueblo en que estaba acuartelada la Unidad a su mando y que pretendía, con motivo de la visita de una alta autoridad nacional, que los soldados patrullasen las calles en misiones de seguridad ciudadana. El veterano general miró al alcalde y dijo con lacónismo militar: "No, porque yo no puedo decir a mis soldados: mata, pero poco". Lo malo es cuando ocurre lo que explicó el Ministro de Defensa en su reciente viaje a Bosnia: "La misión de los cascos azules no es propia de militares, pero solo los militares pueden llevarla a cabo..."

Los soldados lo hacen bien todo, especialmente una cosa, obedecer. En virtud de la obediencia a sus jefes, expresada al jurar la bandera, los soldados españoles han vuelto a estar presentes, -cien años después-, en cuatro de los cinco continentes, bajo el pabellón de las Naciones Unidas. El Gobierno de la nación consideró oportuno, en virtud de los acuerdos internacionales suscritos con la Organización de las Naciones Unidas, que contingentes de las Fuerzas Armadas españolas (Tierra, Mar y Aire) actuasen como fuerzas de interposición, observadores, cooperadores, fuerzas de bloqueo, unidades de apoyo logístico y misiones diversas en: Namibia, Angola, Guinea Ecuatorial, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica, Haití, el golfo Pérsico, Kurdistán, los Balcanes. Si añadiéramos los países a los que se han desplazado aviones para prestar ayuda humanitaria la relación ocuparía muchos renglones. El eficaz cumplimiento de las misiones encomendadas, desgraciadamen-

te no exentas de grandes riesgos, no puede menos de enorgullecernos a todos los españoles bien nacidos, pero ese sano orgullo no debe ser el velo que nos oculte la precaria situación de nuestras Fuerzas Armadas reflejada en el informe de los Jefes de Estado Mayor en su comparecencia en el Congreso de los Diputados. Esas misiones son humanitarias, importantes, peligrosas, mortales, en algunos casos, pero no son la guerra. No demuestran que nuestras Fuerzas Armadas dispongan del equipamiento, la instrucción, la organización y los recursos necesarios para garantizar la defensa de nuestra nación y hacer frente eficazmente a las posibles amenazas. Solo demuestran que contamos con un gran potencial humano. Cualquier otra visión, es un espejismo.

En 1898 también teníamos un gran potencial humano. Grande en calidad, en cantidad, escaso. Valga un ejemplo. Al amanecer del 1 de julio de 1898 el general Lawton atacaba el poblado del Caney (Isla de Cuba) al frente de su división, cuyos efectivos sumaban más de 6.500 hombres, apoyados por artillería. Lawton había prometido a su general en jefe, Shafter, que en dos horas, como máximo, reduciría la resistencia del poblado. Las fuerzas españolas que guarnecían el Caney eran 549 hombres, sin artillería ni alambradas. Durante diez horas resistieron los defensores de Caney los ataques de las fuerzas de Lawton, lo que impidió que estas reforzaran a los 24.000 hombres que, apoyados por 16 cañones, atacaron la loma de San Juan guarnecida por 1.700 hombres y dos piezas de artillería. A pesar de la enorme desproporción (mayor de 12 a 1) los defensores de San Juan hicieron honor a sus compañeros del Caney resistiendo durante todo el día y causando tantas bajas a los atacantes que estos tuvieron que renunciar al ataque frontal y batir la posición desde los flancos. Los soldados españoles escribieron ese día una de las páginas más heroicas de la historia de España pero, pese a su sacrificio, al ponerse el sol, la bandera

española ya no ondeaba en el Caney ni en la loma de San Juan.

A pesar de los avances técnicos y científicos el hombre sigue siendo el sujeto activo de toda acción de guerra, pero necesita complementos. Sin la organización, los efectivos y los medios necesarios puede morir heroicamente, pero no gana batallas. El deber de los militares es combatir y la nación tiene derecho a exigirles que cumplan con su deber, pero la responsabilidad de organizar y equipar a las Fuerzas Armadas para que, si es preciso combatir, puedan hacerlo con ventaja o, al menos, en condiciones de igualdad, no corresponde al Mando Militar.

Hay ocasiones aciagas en la Historia de los pueblos en las que a pesar de la capacidad, eficacia e



interés de las Autoridades Políticas con respecto a las Fuerzas Armadas nacionales, un ejército bien pertrechado, aguerrido y valeroso, es derrotado en combate y, entonces, la nación entera, consciente cada una de la responsabilidad que le corresponde, acepta con dignidad la derrota, forma un bloque compacto y continúa avanzando por el nuevo rumbo que le señala la Historia (este puede ser el caso del Japón en la II Guerra Mundial).

No fue el caso de España en 1898. Los militares estaban convencidos de que se les había empujado neciamente

te a la derrota y, desgraciadamente, no les faltaban motivos para pensar así. (El Almirante Cervera recibió una carta de uno de los componentes de la Junta que había decidido la marcha de la escuadra a Cuba, en la que le felicitaba por haber burlado el bloqueo y le decía "... porque pensaba inevitable el encuentro con alguna de las dos escuadras enemigas por esos mares, y como ambas son muy superiores en fuerzas a las de su mando, era de temer que, aunque gloriosamente, fuera vencida y destrozada...". La escuadra de Cervera fue aniquilada el 3 de junio después de cuatro horas del combate más desigual que se libró nunca en la mar). La sociedad civil, los que se habían quedado en España ¡tan lejana! vivían ajenos a la tragedia que se estaba desarrollando en Ultramar, sin asumir su parte en la derrota. De espaldas a la realidad y carentes de información veraz los que regresaron fueron recibidos con absoluta indiferencia. La brecha abierta entre la sociedad española y sus Fuerzas Armadas se hizo más honda y el pulso de España se debilitó aún más. Era un nuevo paso por un viejo camino que se había iniciado siglos atrás. Un nuevo paso por el camino de vuelta.

La Historia de España, vista con la perspectiva suficiente es como la trayectoria de un astro: una ascensión, lenta y continua, hasta su apogeo y un declinar, también lento y continuo, hasta el ocaso. El reinado de Carlos I marca el punto culminante de la curva. A los treinta años de su muerte, las decisiones poco acertadas de Felipe II, los errores del mando, las tempestades y la suerte adversa provocaron la pérdida irreparable de la Armada Invencible y, aunque la opinión pública aceptó la derrota con resignación, empezó a debilitarse la confianza del pueblo español en sí mismo y en sus hombres de armas, se perdió la fe en la gran empresa común. Entre las brumas y las olas del mar de Irlanda no se hundieron tan solo hombres y navíos, con ellos naufragó la ilusión del que

había sido un gran pueblo. Allí empezó el camino de regreso, el que conduce desde el imperio a la tribu. Si abrimos las páginas de cualquier libro de Historia vemos que -a partir del siglo XVI- a España, como a un leproso, se le ha ido desprendiendo la carne de los huesos.

Pero volvamos a 1993, casi 94. Estamos en Madrid. Solo van de uniforme por la calle las monjas y los guardias municipales. Hoy se juega un gran partido de fútbol y con un poco de suerte oiremos gritar otra vez: ¡España! ¡España!. Salvando las distancias podemos comparar a una nación con un club de fútbol. En ambos hay tres estamentos diferenciados. Los que visten los colores del club, sudan la camiseta, marcan goles y los encajan. La Directiva, estos visten chaqueta y corbata, ocupan el palco presidencial, no pagan entrada y toman las decisiones importantes. Y "la hincha": socios, aficionados, seguidos

res, mirones, ultras y paganos en general. Cuando se pierde un partido ¿quién tiene mayor parte de culpa? ¿Gento, Don Santiago Bernabeú, o los que ocupan las gradas? (Puede que hayan cambiado los nombres, porque hace tiempo que no voy al fútbol). Y cuando se pierde una guerra ¿quién tiene mayor parte de culpa?

El artículo 8 de la Constitución establece las misiones de las Fuerzas Armadas "... garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional". Como las posibilidades económicas de la nación, de cualquier nación, son limitadas, las dotaciones presupuestarias se calculan en función del riesgo más probable. El riesgo de España podemos suponer que es equiparable al de las naciones aliadas de nuestro entorno o algo mayor, sin embargo, el tanto por ciento del PIB que dedicamos a gas-

tos de Defensa es menor que el de nuestros aliados. Y con ser esto grave aún lo es más el hecho de que a algunos españoles las inversiones en Defensa les parezcan siempre excesivas, cuando no, innecesarias. Siguen pensando lo mismo que sus abuelos en 1898.

En el editorial del número 628 de nuestra Revista se puede leer que "... el presupuesto del Ministerio de Defensa, especialmente desde 1992, está en un nivel relativamente bajo en relación con las necesidades, produciendo ello carencias generalizadas que cada año se van agravando, en tanto que cada vez son menores las reservas o no existe ya posibilidad de acudir a las mismas y que los retrasos en la modernización y reposición se van acumulando". También dice, en el último párrafo que "... el año 1994 puede ser un año de esperanza hacia el futuro..." ¡Así lo deseamos todos! ■

## Efemérides aeronáuticas

**ENERO.** El 19 de esta mes del año 1951, el anfíbio PBY Catalina nº 405 de la Fuerza Aérea de Chile, mandado por el capitán Roberto Parragué, despegó de La Serena, en la bahía de Coquimbo, y voló a la isla de Pascua, tomando tierra tras 19 horas y 20 minutos de vuelo, habiendo recorrido 2.047 millas (3.791 Km.), en Rapa Nui donde los nativos recibieron al Manu Taru -que así había sido bautizado el Catalina- con gran entusiasmo, en el aeródromo que ellos habían preparado para el primer avión que llegaba en vuelo a la legendaria isla.

**FEBRERO.** El día 14 de este mes del año 1957, mientras efectuaba un vuelo de instrucción, pilotando un caza F-86 Sabre, se precipitó contra el agua a unas tres millas del puerto de Cullera, el teniente coronel Juan de Frutos Rubio, hundiéndose rápidamente. Nunca pudo ser encontrado el avión ni el cuerpo del piloto. Era Juan de Frutos un destacado aviador que había luchado, como observador primero, y como piloto de caza más tarde, en la guerra de España donde alcanzó dos victorias aéreas, realizó 197 misiones de guerra y ganó la Medalla Militar. En 1942, formando parte de la 2ª Escuadrilla expedicionaria, combatió en Rusia donde abatió tres aviones soviéticos, su actuación fue calificada como "muy distinguida" y recibiría la Cruz de Guerra con Palmas.

*Larus Barbatous*